

## LA SONRISA DE SOFÍA

Había una vez en una pequeña aldea, un añia llamada Sofía. Tenía el pelo rizado de color pelirrojo, le encantaba ir a la escuela y, aunque era muy buena y siempre estaba dispuesta a ayudar a la gente, tenía pocos amigos y siempre estaba jugando sola en el recreo, nunca se le veía hablar con ningún niño.

Los niños la llamaban zanahoria por su color de pelo, la profesora les reñía, pero ella nunca les decía nada, bajaba la cabeza y continuaba con sus tareas. Cuando salía del colegio, iba siempre por un caminito por el bosque, daba mucho rodeo, pero le encantaba ir por allí viendo los pajaritos en los árboles, los conejitos y los grandes árboles que había.

Una mañana, al llegar al colegio vió que en su silla había otro niño sentado; ella le dijo muy amablemente:

- Creo que te has confundido, ese es mi sitio.

El niño que era muy travieso le dijo:

- A las zanahorias no les permiten venir al colegio

La niña, ya cansada de que la insultaran cogió su mochila y salió corriendo de la clase.

- No volveré al colegio.

La profesora, que la vió salir, la llamaba:

- ¡Sofía, Sofía!

Pero ella no se paró y corrió hacia el bosque. De repente oyó una voz que la llamaba:

- ¡Sofía!

Pero ella tenía los ojos tan rojos de tanto llorar que no veía quién la llamaba.

- Soy yo Sofía

Le decía un gran árbol con un gran tronco. Ella asustada le dijo:

- ¡Los árboles no saben hablar!
- Yo sí, vengo a ayudarte. Tienes un gran corazón y eres muy valiente. No tienes que dar importancia a lo que los niños te digan, cuando ellos se reían de ti, tu siempre devuélveles tu gran sonrisa, ya verás como no te vuelven a decir nada.

Sofía agarró el tronco del árbol y le dijo:

- Gracias por tus consejos, siempre cuidaré de ti.
- De nada Sofía

Y el árbol volvió a ser como antes.

A la mañana siguiente, Sofía regresó al colegio, se sentó en su silla y empezó a trabajar en sus deberes. Al salir al recreo una niña la empujó y la llamó zanahoria, pero ella sonrió. El niño al mirarla quedó hipnotizado por su sonrisa y le preguntó:

- ¿Por qué sonríes si te he insultado?
- Porque un gran árbol sabio me dijo que hay que sonreír, que no haga caso a tus insultos.

El niño, muy pensativo, se dio cuenta de que con sus insultos hacía mucho daño a Sofía y en vez de defenderse e insultarle a él, sonreía porque ella era feliz con su personalidad.

El niño le pidió disculpas y desde aquel día se hicieron buenos amigos.

**Bryan Miguel Sáez**  
**Ganadora categoría A**

## **EL PEQUEÑO FLEXI**

Érase una vez una lámpara mágica llamada Flexi que acompañaba todas las tardes a su amigo Diego en la tarea de los deberes. A Flexi lo que más le gustaba era iluminar a su amigo en los deberes relacionados con la informática.

Para nuestro amigo Flexi, su peor pesadilla era Paloma, la mamá de Diego, que siempre se acercaba con un trapo y un líquido que no olía muy bien para dejarle tan brillante como un diamante. Una tarde, Flexi voló hasta el suelo con tan mala suerte que se partió en dos pedacitos. Diego no dejó de llorar hasta que se hizo de noche... Aquel accidente iba a separar a dos grandes amigos.

Al día siguiente, la mamá, viendo que Flexi ya no era útil le llevó al “punto r” más cercano de la zona donde Flexi muy disgustado se juntó con otro montón de aparatos que en un principio ya no tenían utilidad. Flexi no quería hablar con nadie, pues pensaba que nunca iba a volver a acompañar en las tareas diarias a su gran coleguita Diego. Allí conoció a una guapísima bombilla llamada Tami y aun grupo de cables y enchufes llamados el club de cablelizados. Entre todos intentaron inventar un plan con el fin de contentar a Flexi y que se volviera a reunir con su amiguito Diego.

Durante toda la noche, Flexi, Tami y el club de los cables buscaron mil y una forma para que la luz de aquella lámpara mágica fuese tan bonita o más que la primera vez... Diego estaba muy triste durante toda la semana, no conseguía concentrarse a la hora de hacer los deberes, por lo que Paloma tuvo que volver al punto “r” en busca de Flexi. Había sido imposible sustituirla por otra lámpara. La recogió y la llevó a casa, la limpió con aquel trapo y líquido que tanto le gustaba a Flexi... Diego se puso muy contento de tener otra vez a su gran amigo junto a él... Todos quedaron sorprendidos cuando vieron que la luz que desprendía Flexi era mejor que la de la primera vez.

Desde entonces, Diego y Flexi junto con Tami y los amigos del club de cablelizados y el mantenimiento de Paloma, siguen disfrutando de sus bonitas tardes.

**Lucas Pérez Cebriano**

**Ganador categoría B**

## LA SELVA EN CASA

El día en que Daniel y Alba llevaron a sus padres al zoo hacía un calor horrible. El sol disparaba sus rayos en todas las direcciones, haciendo que el zoo pareciera un resplandor precioso, lleno de esos ruidos de fieras que solo se oyen en las pesadillas. Era uno de esos días que te compras un helado y antes de llevártelo a la boca ya se te ha derretido en la palma de la mano.

Era un día genial para hacer monerías y eso fue exactamente lo que hicieron. La madre de Daniel y Alba no tuvo más remedio que comprarles un par de máscaras de mono, y, una vez terminaron la visita por el zoo guardaron las máscaras para que no se perdieran. De vuelta a casa, papá y mamá empezaron a hacer monadas, pegando saltos y chillando como si fueran un par de monos. En el coche, las personas que se cruzaban con ellos no se creían lo que veían: ¡Dos monos conduciendo con dos niños detrás! Estaban alucinando. Cuando llegaron a casa la cena fue muy divertida porque tuvieron plátano de primero, segundo y postre, pero Daniel y Alba estaban encantados de ver a su papá arrancando el papel de las paredes y mamá saltando encima del frigorífico.

Poco a poco, el aire se fue llenado de extraños olores. Y de repente, la casa se convirtió en una jungla. Los pájaros del tejado se transformaron en loros, las plantas del jardín empezaron a crecer muchísimo y la nevera empezó a fabricar plátanos.

Al principio, Daniel y Alba se la pasaban a lo grande, pero cuando querían hablar con sus padres era imposible, ellos solo gruñían:

¡Uh-Uh-Uh-Uh!

Y se dedicaban a quitarse los piojos del pelo. Alba llamó al zoo para decir que fuera un experto de monos a su casa, pero cuando llegaron dijeron que no sabían lo que estaba pasando porque nunca habían visto nada igual. Uno de los expertos dijo:

¡Parecen monos!

Se comportan como ellos y la decoración de la casa es como una selva.

Pasó el tiempo y la vegetación creció tanto que se llenó todo el barrio con ella. Las casas habían desaparecido entre tantas plantas y los vecinos también se empezaron a comportar como monos. Del colegio salían unos gruñidos muy fuertes y una leona hacía guardia en la entrada del parque municipal, el caso es que ningún experto supo decir lo que estaba pasando en el barrio. Solo una palabra clara y en voz alta fue lo que se escuchó:

¡Yo me largo de aquí!

Y Daniel y Daniela se quedaron solos delante de todos los monos.

A su alrededor, por todas partes, se veía un mundo salvaje y misterioso. Y cuando se abrazaban a sus padres buscando cariño y protección, estos saltaban con ellos, de rama en rama como si lo hubieran hecho toda la vida. Daniel y Alba estaban asustadísimos.

¿Queremos ir a casa! – gritaron los dos a sus papás, mientras se columpiaban de arriba abajo entre rama y rama sin entender lo que les querían decir.

Entonces se soltaron con mucha fuerza de sus padres, cayeron al suelo y casi se hacen daño.

Pero si ya estamos en casa – dijo mamá

Claro, ¿no veis lo desordenado que está todo? – dijo papá.

Y cuando Daniel y Alba abrieron los ojos vieron a sus padres en el salón de su casa. Todo estaba como siempre. Los juguetes tirados por el suelo y las máscaras de mono en una bolsa con una etiqueta que decía: ZOO.

Rápido, vamos a tirarlas –dijo Daniel.

Sí, pero no a la papelera, sino fuera de casa, lo más lejos posible - dijo Alba.

Eso. Cuanto más lejos estén ellas, más seguros estaremos nosotros.

Papá y mamá estaban alucinando porque no entendían de qué hablaban. Daniel y Alba salieron de casa para tirar las máscaras al contenedor, aprovecharon para ver el colegio y la entrada del parque municipal y comprobar que todo estuviera bien.

Al cabo de un tiempo, Daniel y Alba empezaron a preguntarse si no se habrían equivocado al no quedarse con las máscaras. Al fin y al cabo, tener una selva en casa de vez en cuando podía ser muy divertido. Pero al pensar en el miedo que habían pasado, ya no estaban tan seguros de que realmente fuera tan divertido.

**Daniela Algara Rodríguez**

**Accésit categoría B**

## EL FRIGO DE LOS CUENTOS

Esta historia se desarrolló en un pasado no muy lejano: las librerías habían cerrado y los libros no se bajaban de Internet, ni tampoco funcionaban los ebooks, sino que se compraban en los hipermercados, en la sección de congelados. Los cuentos para niños no eran una excepción y se conservaban entre cinco y diez grados bajo cero:

- ¡Papá, papá, cuéntame un cuento antes de dormir!
- Lo siento, hija, pero se me ha olvidado sacarlo del frigo y está congelado. Te sentaría mal.

Las historias no se podían leer, ¡se comían! Sí, se metían en los modernos microondas para poder ser ingeridos. Pero lo mejor era un proceso lento a temperatura ambiente para que el cuento no perdiera ninguna de sus propiedades. Los adultos preferían novelas fáciles de digerir, aunque su argumento y estilo fueran aburridos e insoportables; los niños escogían cuentos con sabor a chocolate, fresa, caramelo o frutas del bosque. Y una vez comidos, los personajes pasaban fugaces por la imaginación de los más jóvenes: eran relatos cortos, tristes, que ni siquiera llegaban a la categoría de postres.

- Mami, ¿quién era el que llevaba las botas, un animalito o un ogro?
- No lo sé, hijita, no venía el argumento en el envase.

Las fábricas de cuentos eran sitios fríos, llenos de máquinas que mezclaban personajes e historias según les daba a entender un ordenador de la sala de control de la producción:

- José, hoy tenemos que hacer masa de aventuras de astronautas, estrellas lejanas, naves espaciales y viajes a galaxias todavía sin explorar.

Le decía un señor de bata blanca a un informático sabiondo con poca imaginación.

Pero había un viejo escritor, Pablo Papeles, que todavía plasmaba sus historias en folios en blanco; sus cuentos para niños se debían leer y sus personajes no se amontonaban en una pegajosa masa congelada. Sin que lo percibieran sus padres, Tomás, nieto de Pablo Papeles, esperaba despierto todos los días en su cama hasta que su abuelo le contaba su última obra:

- ¡Abuelo! ¿De qué va la historia de hoy?
- ¡De piratas y tempestades, de tesoros, de barcos fantasmas, de princesas y amaneceres en islas alejadas y casi desiertas!

Los padres de Tomás siempre le preguntaban antes de que se acostara:

- ¿Te has comido un cuento? Así dormirás mejor.
- Sí, ya lo he cogido de la mesa.

Lo cogía, sí, pero se lo daba a Panzas, el gato, que corría por la casa maullando y deseando que le hiciera pronto la digestión.

Tomás imaginaba ser un duende en Irlanda, un explorador en el Amazonas, un astronauta en el espacio o tripulante de un submarino recorriendo los océanos. Sus amigos no sabían lo que era imaginar y jugar: los cuentos helados pasaban por el estómago, pero nunca iban al corazón y a la ilusión de los niños, que pensaban que Tomás estaba un poco loco, al igual que su abuelo Pablo.

Un día de primavera, Tomás decidió llevar una historia a clase: se le había ocurrido a él y escrita en uno de los viejos y descoloridos folios de su abuelo. Por él pasaban flores, pájaros en el nido, torrentes en la ladera que bajaban de una nieve que se derretía con los recuperados rayos del sol de abril, de arcoíris y chubascos... y de letras que jugaban en los prados y se entretenían formando palabras, frases, párrafos y páginas enteras, con sentido, con un argumento cambiante en cada momento. Le pidió permiso al profesor y leyó su relato en el tiempo de recreo:

.... Y así terminó la letra “p”, contenta de haberse ido con “pueblo” aquella mañana de primavera. Ya no volvería a su prado natal, pero vagaría por el mundo de la Literatura en busca de palabras que quisieran formar con ella un bonito cuento para niños.

A los compañeros de clase de Tomás les costó despertar su imaginación y recrear la historia en unas cabecitas nada acostumbradas a cuentos naturales, con calor, pero pronto Adela exclamó:

- ¡La veo, veo a “pueblo” por un camino lleno de barro!

Gerardo prosiguió:

- ¡Se encuentra con “grande” y caminan de la mano!

Rosa no quería ser menos:

- ¡Al doblar una curva chocan con “casas”, y los tres prosiguen juntos por la estrecha senda!

El maestro tomó la palabra:

- ¡Estupendo, niños! ¡Ya tenemos “pueblo”, “grande” y “casas”! ¡La frase está casi terminada!

Y aquella mañana nació un nuevo cuento, al que titularon “Las palabras de Tomás, nieto de Pablo Papeles”.

El profesor sacó de un viejo libro de casa un libro que se titulaba “El gran invento de Gutemberg”, y propuso en clase:

- ¿Nos atrevemos a construir una imprenta?

- ¿Imprenta? -preguntaron todos a la vez

- Sí, un invento de hace muchos siglos pero que sirve para imprimir páginas en blanco; es como una máquina mágica. ¡Comenzaremos con los cuentos que se nos ocurran en clase!

- ¡Guay! ¡Cómo mola! -fue lo más escuchado.

Así que se pusieron manos a la obra en un destartalado desván del profesor. Tuvieron que comprar piezas del desguace y echarle mucha imaginación. Se oían ruidos, risas, algún grito que otro, pero, sobre

todo, salía por debajo de la puerta la alegría de poder tener en las manos un libro de verdad. Al cabo de dos semanas, la imprenta estaba lista para trabajar:

Antes de probarla, os invito a chocolate con galletas: ¡la ocasión bien lo merece!

Y entre bigotes de color cacao, eructos por lo bajines y mucha expectación, la asombrosa máquina comenzó a trabajar: ¡funcionaba! Y aquel mismo día se imprimió la primera edición de “Las palabras de Tomás, nieto de Pablo Papeles”. Algunos no se atrevían a tocar el delgado tomo, pero pronto pasó de mano en mano como si se tratara del mejor regalo de Reyes. Al cabo de seis meses, abrieron un pequeño local dedicado a imprimir y vender cuentos para niños; fue un auténtico éxito y no paraba de entrar toda clase de clientes:

- ¿Tenéis historias de futbolistas, de magos, de películas, de....?

Poco a poco, las librerías comenzaron a abrir de nuevo y los hiper se quedaron sin su sección de libros congelados. A los niños, sus padres les leían historias coloreadas todas las noches y las imaginaciones volaban lejos, tanto que algunas volvían al amanecer.

Pablo Papeles siguió escribiendo y Tomás, su nieto, aprendió el oficio de cuentista y recorre ahora cada rincón del planeta apagando frigos y encendiendo sonrisas e ilusiones.

**Carlos López Pérez**  
**Ganador categoría C**